

La evolución del público, los toros y los toreros

JUAN POSADA

Si la fiesta de los toros salió del pueblo y para él sirvió de casi única diversión —«pan y toros»—, también es cierto que ayudó a conocer su estado de ánimo en cada momento de la historia de España y la evolución experimentada en el carácter, los gustos, costumbres y defectos, que también los hubo y los hay entre el público taurino, que, sin lugar a dudas, reflejaron la situación anímica del colectivo español en cada etapa de su devenir; porque el hombre cuando se divierte o lo intenta parece como si se desnudara de los convencionalismos que le atosigan y expresa libremente su pensamiento, inclinaciones y sentimientos. Por ello, los tendidos de una plaza de toros son una especie de laboratorio para el buen observador que, si es agudo, puede sacar conclusiones muy interesantes respecto al comportamiento del ser humano, particularmente del asiduo a las corridas de toros. De sus anotaciones saldrían muy posiblemente bastantes explicaciones respecto a las formas de ser de nuestro pueblo.

Las corridas de toros, al margen de formar parte de nuestro ancestro costumbrista y, por consiguiente, cultural, reflejan en su público el estado de ánimo de la nación, la situación económica y política y hasta su grado de alfabetización. Las modas también cuentan y, en general, todo lo influye en el estado de ánimo de un colectivo.

Durante la etapa medieval el pueblo se limitó, como era costumbre impuesta por el sistema, a ser espectador pasivo de «su» fiesta adoptada por los caballeros, aunque algunos de sus componentes hacían de servidores y sal-vaguardores de los jinetes cuando estos eran derribados y peligraba su integridad física. Los que ocupaban el graderío, siguiendo la tradición de la corrida aprovechaban la ocasión para manifestar tímidamente a la autoridad sus quejas —casi siempre desoídas—, lo que le servía de cierto consuelo y expansión... Poca cosa, aunque, eso sí, alegrada por el festejo que, a la postre, era lo que de verdad les interesaba: las privaciones que padecían eran algo inherente al propio devenir...

En el siglo XVIII, ya los hombres del pueblo llano en posesión del protagonismo de la fiesta por deserción de los caballeros, sumisos al primer Borbón de nuestra realeza, Felipe V, contrario a la «bárbara» costumbre española, tuvieron más capacidad de expresión, protesta y opinión. Nació el aficionado a los toros, tal como ahora se entiende, con voz y voto, lo más importante, hasta convertirse en regidor del espectáculo, y también en su máximo juez y ordenador. Cada día exigió más perfección técnica y estética de los lidiadores aunque, imperceptiblemente descuidara su admiración por el toro bravo

y, poco a poco, supliera la primacía emotiva producida por el enfrentamiento del animal y el hombre para prestar mayor atención a los hechos que encerraban belleza y arte, aunque no olvidara, en los primeros tiempos, apreciar en su valor los méritos de una lidia ortodoxa. La fiesta sufrió evoluciones en ese sentido y los toreros, impulsados por el sentir del aficionado, cambiaron las formas de interpretar el arte taurómico adaptándose el gusto de los espectadores. La rigidez y exactitud de Pedro Romero a la hora de matar en la suerte de recibir fue sustituida por la finura de «Chiclanero» en el mismo menester y por la eficacia adornada de «Paquiro» en todos los lances de la lidia. También evolucionó el «carácter» de los toros bravos y, especialmente, los ganaderos apostaron por la crianza de un animal que permitiera a los diestros adornarse ante ellos con menores dificultades que antaño.

El talante del público volvió a transformarse y se dulcificó tras la guerra civil. El tamaño del toro fue achicado de forma alarmante y la manera de torear se tornó más vistosa, ceñida y artística



Ya avanzado el siglo XIV «Lagartijo» y Frascuelo hicieron las delicias de un público más cultivado con su torero florido, especial y esencialmente el de que, ayudado por toros del marqués de Vistahermosa y los procedentes de su cruce-Veragua— que, según dicho popular «se toreaban con un pañuelo». Tras ellos, el cordobés el «Guerra», hizo que se dulcificara aún más la bravura de los bureles y, así, poder realizar el toreo que el público reclamaba, que quedó desorientado a su retirada optando por retroceder en sus predilecciones hacia el toro fiero, hasta la llegada de Joselito y Belmonte, en la segunda década del siglo actual, quienes dieron el espaldarazo final al nuevo arte de torear, padre del actual. Lógicamente el toro disminuyó en corpulencia y fiereza y aumentó en bravura noble: la ideal para practicar ese estilo de toreo

que ha llegado quintaesenciado hasta nosotros. El público, asombrado por las gestas de Juan Belmonte, olvidó pronto lo que se tenía por ortodoxia y abrazó entusiásticamente el recién estrenado arte torero y, casi sin percibirlo, se acostumbró al nuevo toro: menos agresivo y más dulce. Otra vez prevaleció la estética sobre la fuerza lidiadora. En escaso tiempo—no más de una década—casi nadie añoraba el toreo que se había tenido por auténtico y meritorio. Ya —y más adelante con mayor fuerza— primaba el torero sobre el toro. La composición del público espectador también sufrió variaciones; la mujer entró a formar parte de él en igualdad de condiciones con el varón—posiblemente la primera reivindicación feminista realizada en nuestro país y todo comenzó a ser distinto, a pesar de las quejas de los llamados aficionados entendidos que reclamaban un pasado mejor sin caer en la cuenta que en su momento también fue considerado vanguardista y, por consiguiente, mal aceptado por los clásicos...

El talante del público volvió a transformarse y se dulcificó tras la guerra civil, como queriendo olvidar tan lamentable suceso. El tamaño del toro fue achicado de forma alarmante y la manera de torear se tornó mucho más vistosa, ceñida y artística. Los toros, aunque mermados de tamaño, respondieron con bravura dócil y el arte del toreo se mantuvo en un clima de optimismo condescendiente que duró hasta hace bien poco, con la aparición de Manuel Benítez «El Cordobés» quien forzó tanto la paciencia del público — alertado por unos honrados informadores, la mayoría no venales, como sí fueron muchos de los que les precedieron— que sobrevino la reacción con-

traria: se volvió a rendir culto al toro grande y de abundantes cuernos, aunque olvidaron sus principales atributos: la bravura y la potencia...

Tras dos décadas —1970-1990— en las que se entremezcló el culto al toro de apariencia y al toreo especialmente artístico o «personalísimo» sin hacer caso de las potencias principales de los astados: fuerza, bravura y agresividad, el espectador taurino ha aumentado, aunque no se pueda calificar como auténticamente aficionado entendido, sino más bien «divertido» y con ganas de pasarlo bien, a pesar de que lo visto no se ajuste demasiado a los cánones clásicos. Con ellos se ha llegado a una situación límite que hace peligrar la integridad de las corridas de toros a causa de la carencia de bravura y fuerza, principalmente, de las reses que propician, cuando se tienen en pie, el toreo despacioso, armonioso y estético que en la actualidad se considera el más puro y genuino.

Acudir a las corridas de toros está de moda, en especial en las ferias importantes. La alta sociedad ha vuelto a los cosos, la mayoría a lucirse, y ha impuesto un estilo de toreo altamente estilizado y personal, únicamente realizable con toros con las fuerzas justas y el temperamento apropiado para ello. Así han surgido diestros que abundaron en unas formas toreras impensables cuando los toros todavía conservaban una parte de su fiereza característica. Por ello, al aparecer alguno con ella y le planta cara un diestro con valor, conocimiento y bizarro arte se acaban todas las modas, las estéticas y las lentitudes de ballet y domina la emoción que produce el en-frentamiento de un hombre bien dispuesto a un toro íntegro. Gracias a ello la fiesta prevalecerá, a pesar de los nuevos «aficionados».



